



NUM. 23. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 6 DE JUNIO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTA-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



dicese—no sin fundamento—que España es un país singular: pasa años y años contemplando los capitales que tenia depositados en sus viejos arcones, sin presumir siquiera que el dinero debe circular para producir y crecer; pero hé aquí que una mañana des-

forjan, cuando se dignan fijar su vista en este rincón de la tierra. Pero es preciso, que cada cual ponga de su parte lo que pueda para esta obra meritoria; que se abandone la idea estúpida de ese patriotismo *sui generis*, tan arraigado entre nosotros, que consiste en decir pestes así de lo bueno como de lo malo que observa en su país, creyendo que los habitantes de los demás viven en los mejores de los países posibles, ó como si dijéramos, en un paraíso, donde corren arroyos de leche y de miel.

La Nueva Iberia, si mal no recordamos, indicó el deseo, secundado por la prensa en general, de que las familias acomodadas y otras que no lo son, pero que por seguir la moda las imitan, y que salen todos los veranos al extranjero para gastar acaso lo que no tienen, residan, durante los meses de dicha estación en las provincias ó localidades de España mas á propósito para evitar los rigores del calor al propio tiempo que la salida de cantidades enormes de numerario, que tantas necesidades podrian satisfacer aquí. Esta voz parece que ha encontrado algún eco, y hacemos votos porque tan laudable resolución sea imitada. Contribuyan á ello por su parte las empresas de ferrocarriles, los propietarios de baños, los dueños de fondas, etc., etc., ya con la mejora del servicio, ya con la rebaja de las tarifas, ya embelleciendo los establecimientos, ya, en fin, ideando medios de conciliar las mejoras con la economía, y serán dignos de elogio.

En confirmación de lo que decimos, debemos anunciar que en 1.º de agosto próximo se celebrará en la ciudad de Murcia una Exposición provincial de Bellas artes y retrospectiva de las suntuarias, la cual terminará en 30 de setiembre. En el programa que tenemos á la vista, se espresan los grupos generales desde los tiempos primitivos hasta fin del siglo pasado, como cuadros, grabados, esculturas, planos arquitectónicos, armas, muebles, vestidos, alhajas, instrumentos músicos, libros raros, manuscritos, códices, etc. Habrá también grupos de objetos sagrados, de contemporáneos, de consulta y musicales. En el mismo programa se consignan los diferentes premios que han de adjudicarse.

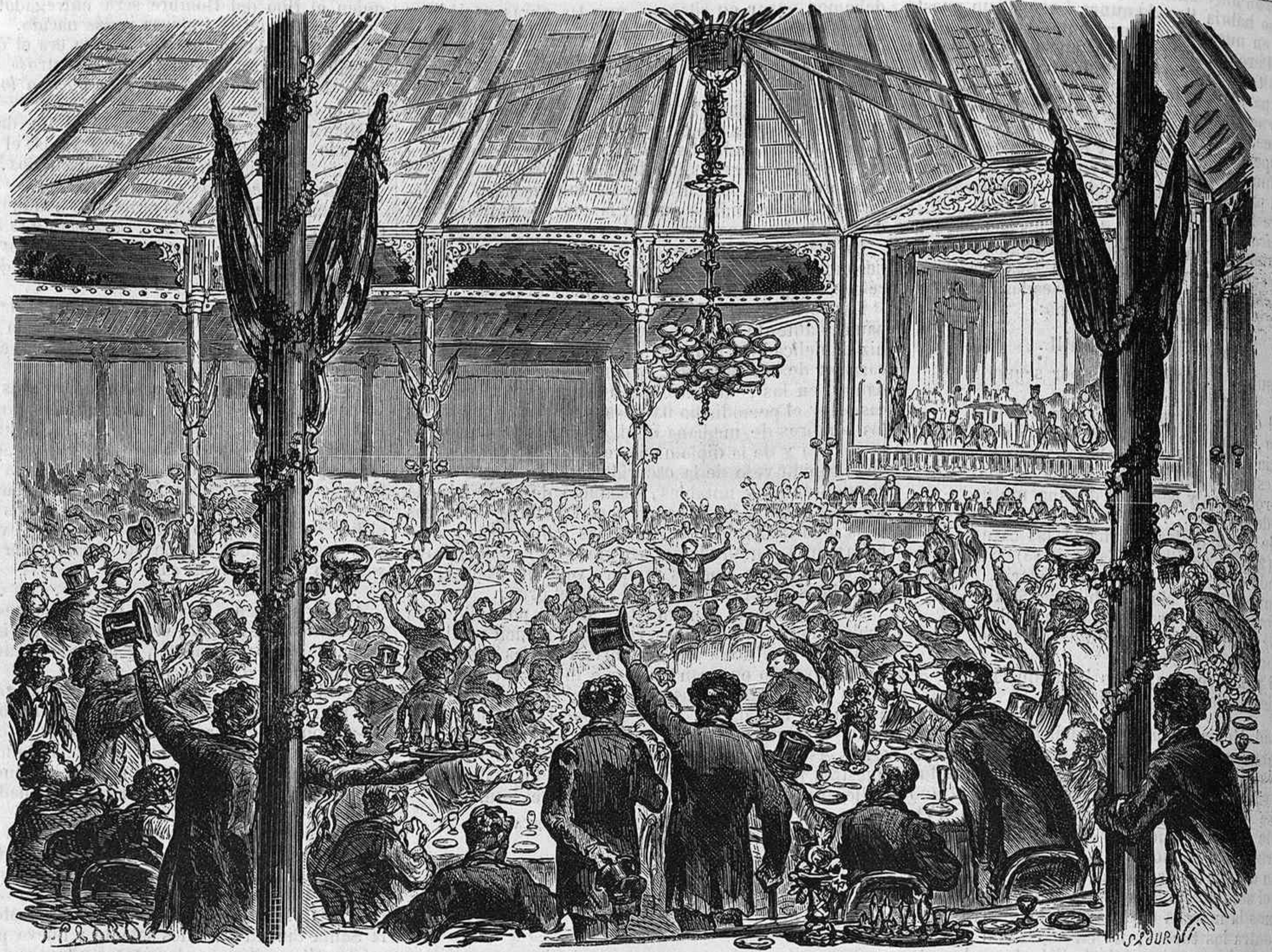
La diputación provincial de Barcelona se propone también realizar una exposición agrícola, pecuaria, industrial y artística que, en caso de llevarse á efecto, lo sería en cuatro locales diferentes para mayor lucimiento y desahogo.

Igualmente se ha dispuesto que los fondos sobrantes de lo recaudado para obsequiar á los poetas invitados á la última fiesta de los Juegos florales, se destinen á un premio extraordinario para el primer concurso; el premio será una lira de oro montada en alfiler, y el tema: *A la fraternidad literaria de los pueblos*.

En julio se celebrará en Reus un certámen poético, en que el ayuntamiento adjudicará una rosa de oro, costeada por el mismo, á la mejor composición destinada á describir la tradicional invención de la Virgen de la Misericordia, patrona de aquella ciudad.

Algunas empresas ó sociedades de ferrocarriles han contestado satisfactoriamente á la invitación hecha por la junta directiva de la exposición aragonesa, ofreciendo unas transportar gratis todos los objetos que se destinen al concurso, y otras á verificar su conducción á la capital, con la rebaja de un 50 por 100.

Por último, según hemos oído, parece que se ha invitado oficialmente por el gobernador civil de Salamanca á muchas personas de las que hoy cultivan la poesía en España, para que contribuyan con sus producciones á la formación de un álbum en obsequio á la memoria de fray Luis de Leon, que bien puede considerarse hijo de aquella ciudad, puesto que á ella fue siendo apenas entrado en la adolescencia, en ella se educó, en ella vivió, en ella escribió la mayor parte de sus obras y en ella murió. La estatua de tan insigne varón, obra del joven don Nicasio Sevilla, está ya en Madrid y se halla colocada en uno de los patios de la casa del Príncipe Pio, plaza de Aflijidos, núm. 3, donde los aficionados al arte pueden admirarla, porque es digna de serlo, según el parecer de personas competentes. Y á propósito de Salamanca, de este pueblo cuya universidad compartió con la de la Sorbona y la de Bolonia la dirección de los progresos intelectuales de Europa en otros siglos, y que en nuestros días llegó á tener hasta tres liceos, uno de ellos el de Monterey, donde todas las artes luchaban con una vida y un esplendor envidiables, ¿cómo es que contando, á pesar de lo escaso de su población, con elementos suficientes para volver á levantar muy alta la bandera de sus glorias literarias y artísticas, cómo es, repetimos, que no reúne todos estos elementos y abre certámenes, y apela á otros medios análogos, que pudieran dar muestras de su vitalidad, y que llamarían la atención de propios y extraños, ya con ellas, ya con la inmensa riqueza



TÉ LITERARIO EN EL «PRADO CATALÁN» DE BARCELONA, EN OBSEQUIO DE LOS POETAS INVITADOS A LOS JUEGOS FLORALES.

mas el lujo se hizo conocer luego en su armazon, colchones y colgaduras. Al echarse, los hombres solian quitarse el calzado para no ensuciarlo.

Por lo comun, en derredor de una mesa sólo se ponian tres de estos lechos ó camas, de donde tomaron el nombre de *triclínios*, y ocupaban los tres costados de ella, quedando el cuarto libre para el servicio de la mesa.

Recostados, pues, en *triclínios*, y no sentados en sillas ó bancos como impropriamente se representa, fue como el Señor y sus doce discípulos celebraron la Cena, segun la costumbre general de los pueblos orientales, terminantemente justificada con el testimonio uniforme de cada uno de los cuatro Evangelistas.

En efecto, *San Mateo* hablando de esta Cena, dice: «Y llegada la tarde estaba recostado (Jesus) con sus doce discípulos; y estando ya comiendo, dijo, etc. *Vespere autem facto, discumbibat cum duodecim discipulis suis, et edentibus illis dixit, etc.*» Capítulo XXVI, v. 20 y 24.

El primer puesto del primer *triclínio* era el mas honorífico y Jesus le ocupaba.

San Marcos describe la Cena en estos términos: «Puesto ya el sol, fue Jesus allá con los doce (Apóstoles). Y estando ellos recostados y comiendo, dijo Jesus etc. *Vespere autem facto, venit cum duodecim. Et discumbentibus eis et manducantibus ait Jesus, etc.*» Cap. XIX, v. 17 y 18.

El Evangelista *San Lucas* dice: «Y habiendo ya llegado la hora, (Jesus) se recostó y con él los doce Apóstoles y les dijo, etc. *Et cum facta esse hora, discumbuit, et duodecim Apostolos cum eo: et ait illos, etcétera.*» Cap. XVIII, v. 14 y 15.

Ultimamente, el Evangelista *San Juan*, despues de haber referido largamente el lavatorio añade: «Despues que Jesus les hubo lavado los pies y tomado otra vez su vestido ó capa, recostado de nuevo, díjoles, etc. *Postquam ergo lavabit pedes eorum, et accepit vestimenta sua, cum recubisset iterum, dixit eis, etc.*» Cap. XIII, v. 12.

Se vé, pues, que todos dijeron estar recostados y no sentados á la mesa, porque no tiene duda que comian entonces de esta manera sobre camas ó *triclínios*, siendo fácil citar otros muchos casos de este uso general.

En la colocacion de los Apóstoles en la mesa debe tenerse presente que San Juan, el discípulo predilecto

de Jesus, estaria en el mismo *triclínio* del Señor, pues dice que se recostó sobre el pecho ó seno de Jesus: *Erat ergo recumbens unus ex discipulis ejus in seno Jesu, quem diligebat Jesus.* Cap. XIV, v. 23.

Judas no estaria tampoco muy separado del Señor, porque *San Mateo* dice que durante la Cena comía ó mojaba el pan en el mismo plato de Jesus, pues con arreglo á las costumbres orientales comerian cada tres ó cuatro de los comensales en una misma fuente ó plato: *Qui intingit mecum manum in parobside, hic me tradet.* Cap. XXVI, v. 23.

La mesa no debe tener ya el cordero pascual, ni las lechugas silvestres con que se comia, segun lo dispuesto en el cap. XII del Exodo, porque como hemos visto, la institucion de la Eucaristía se hizo despues de terminada la cena legal, *postquam cenavit*, que dice *San Lucas*. Cap. XXII, v. 20.

Bastará que haya sobre la mesa y delante del Señor la copa ó cáliz en que consagró, de alguna mayor capacidad que los que usa ahora la Iglesia, porque como dice *San Mateo*, de él bebieron todos los discípulos cuando se lo pasó diciéndoles: *Bibite ex eo omnes.* Cap. XXVI, v. 27.

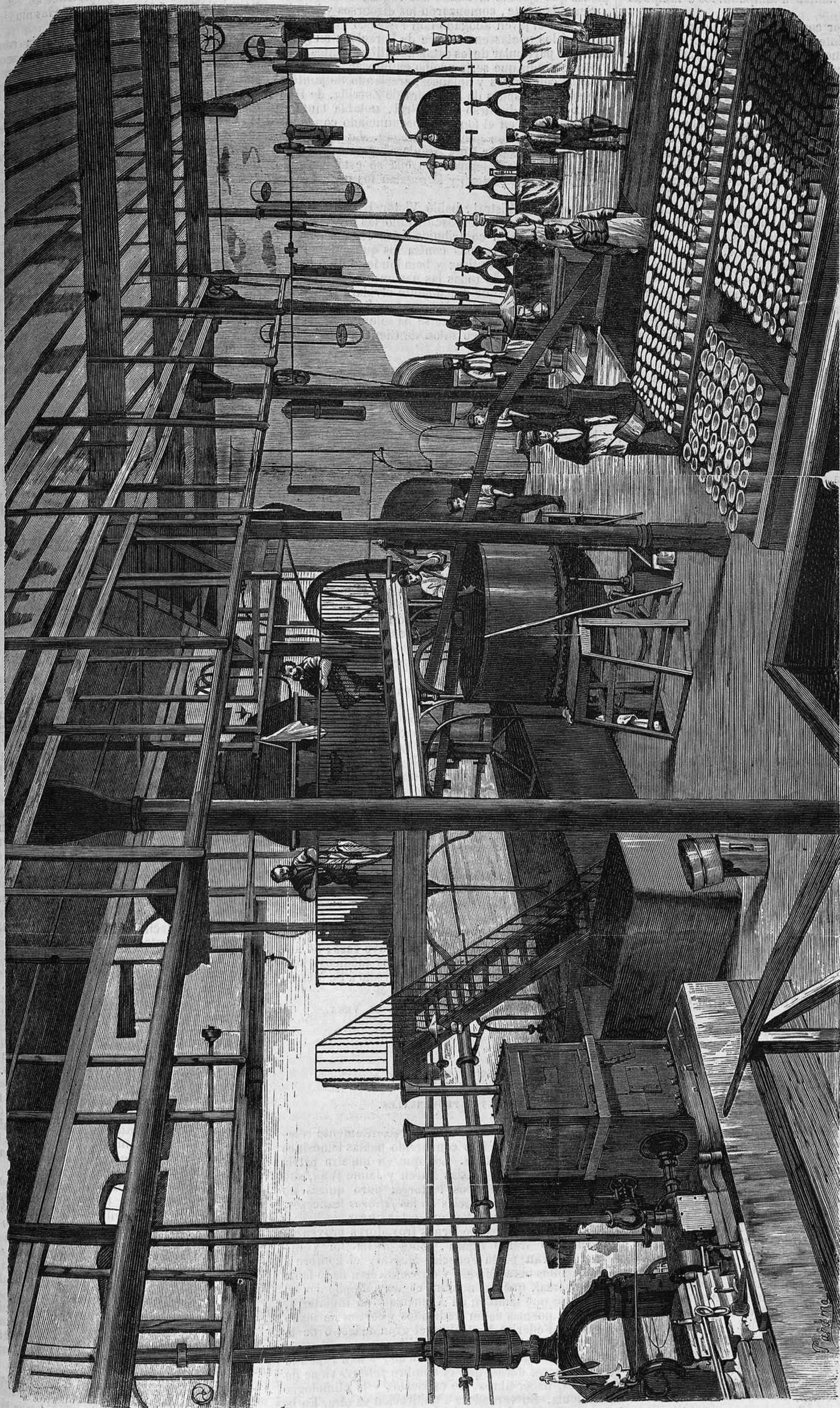
Tambien habrá sobre la misma mesa algunos panes, pero téngase presente que estos entre los orientales eran y son aun hoy dia muy delgados, como pequeñas tortas, cocidos muchas veces entre el rescoldo; panes que se rompen con facilidad con los dedos, sin necesidad de cuchillo. Por esto se dice, que Jesus partió, *fregit*, el pan, y no que le cortó, *scindit*.

Podrá haber igualmente sobre la mesa jarros ó pequeñas ánforas con vino y con agua, y si se quiere otras copas y algunos platos. Tampoco habria inconveniente en figurar cuchillos y cucharas, pero no tenedores, porque pasaron aun algunos siglos antes que principiaron á usarse.

Bueno será tambien que el artista recuerde que en aquella época no se acostumbraba á poner las luces sobre las mesas. Solian éstas iluminarse por medio de lámparas y altos candelabros puestos



«N.EVI MATERNI» OBSERVADO EN LA HERMOSA N.ÑA ENCARNACION URRUTIA, DE EDAD DE ONCE MESES.



VISTA INTERIOR DE UNO DE LOS DEPARTAMENTOS DE LA REFINERIA DE AZUCAR, DE LOS SEÑORES ROGET, DE FONRODONA Y CASTELLÓ, EN LA VILLA DE BADALONA.

Paré me

li bello de vint an dounou l'amour;
lou viu de Casteu-Nou douno la voio,
emai lou cant, emai l'amour, emai la joio!
Lo cual, traducido, quiere decir:

«El mistral reanima las fuerzas, el *ali-oli* da buen humor al corazón; las hermosas de veinte años dan el amor; el vino de *Castell-nou* da la fortaleza, y también el canto, y también el amor, y también la alegría.»

El vino de *Castell-nou*, ó vino de los *felibres*, es excelente, es uno de los mejores y mas celebrados del Mediodía de Francia, y goza de gran reputación en Inglaterra, sobre todo, en donde las botellas con el poético y caprichoso rótulo que acabo de describir, se venden como pan bendito.

Este vino ha tenido también su cantor. El poeta Wyse Bonaparte ha escrito á propósito de él, una preciosa poesía provenzal, llena de color y de ingenio, una poesía que es un verdadero himno. Un distinguido músico avinonés, monsieur Dou, la puso en música, y apenas hay fiesta poética en que no se cante.

Al principio, los poetas del renacimiento de las letras provenzales fueron criticados sin piedad hasta por los modernos trovadores que sufrieron toda la crudeza de esa terrible expresión de la ingratitud local.

Los trovadores dejaron, sin embargo, pasar la tempestad sin abatirse, sin hacerse los mártires ni las víctimas, y prosiguieron con fe y perseverancia su obra de resurrección. Un cambio completo se efectuó bien pronto en la opinión pública, y como

C'est du nord á present que nous vient la lumiere, París fue la primera en dar la señal de la justicia y de la rehabilitación.

La Academia francesa, coronó solemnemente el poema de Federico Mistral, los periódicos de París saludaron con entusiasmo á los trovadores provenzales, apresurándose á hacer juicios críticos de sus obras y á traducirlas, y los críticos locales hubieron de formar coro con las eminencias parisienses.

M. DE M.

ALBUM POETICO.

LA CONFESION (1).

Diálogo inútil, promesa vana
de amor eterno, que en lid de agravios
escuca ufana
de dulces labios
crédula niña, rosa temprana.
Súplica ardiente,
contrita queja
de amante penitente
junto á una reja.

«Abre un momento la celosía
donde otras veces soñando amores
yo te veía,
flor de las flores,
ídolo casto del alma mía;
oye el acento
de mis pesares;
no hagas que juegue el viento
con mis cantares.»

«Vuelve á las rejas donde has pasado
las tristes noches que, ahogando quejas,
por tí he llorado
sola en mis rejas.
galán de todas enamorado;
juegue ó no el viento
con tus canciones,
ya no mueve tu acento
los corazones.»

«Vuelvo á tus plantas arrepentido,
tú eres mi encanto, tú eres mi vida;
borre el olvido,
prenda querida,
las veleidades que te han herido;
de mis acciones,
rosa galana,
te pido absoluciones
en tu ventana.»

«Galán que fácil de amores muda
aunque en demanda de penitencias
contrito acuda,
no halla creencias;
donde raíces echó la duda
cambia de acentos,
porque hay acciones
que no borran lamentos
ni contriciones.»

—«No quieras, alma de mi alma ardiente,
rayo del alba, lirio aromado,
que impenitente
viva en pecado
quien de su culpa hoy se arrepiente.
Porque vinieron
de opuesta orilla,
nunca huyó la ribera
de la barquilla.»

Y al cabo, cuentan que abrió la dama
la reja al ruego del falso amante,
y en ella es fama
que el inconstante
la deja á veces y en otra llama,
porque así aprenda
que en ley de amores
la confesion no enmienda
los pecadores.

JUAN A. DE VIEDMA.

A PETRA.

Despreciando el furor de tus enojos,
loco de amor rendíme á tu hermosura,
te consagré mi vida, mi fé pura
por sólo una mirada de tus ojos.
De tu sin par desden fueron despojos
tan ardiente pasión, tanta ternura...
soñé con el placer y hallo amargura,
creí flores hollar y piso abrojos.

Si á tanto amor tan duro sufrimiento
por premio merecí de tu belleza,
deja que apure mi fatal tormento
ya que el martirio de mi vida empieza:
pues ni de amarte cesaré un momento,
ni romperá tu enojo mi firmeza.

P. F. REYMUENDO.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

LÓLEN.

(CONTINUACION.)

XII.

No sé cómo viví aquella semana. Debí ser instintiva, automáticamente.

Una tarde, al volver del Saladero de ver á mi defendido, me entregaron una carta. Ignoro por qué al cogerla tembló mi mano: sin duda por uno de esos presentimientos del corazón, que nunca engañan.

Miré el sobre, y reconocí la letra de Manuel.

Lo confieso francamente, tenía miedo de abrir aquella carta. Mi corazón me anunciaba una desgracia, un nuevo dolor. Al fin me decidí á romper el sobre y leer la carta. Era ésta menos concisa que la mayor parte de las de Manuel. Hé aquí su contenido:

«Querido Carlos: Ya nos tienes en ésta, despues de un viaje el mas desgraciado de cuantos he hecho. Tal vez habrás visto en la *Correspondencia* que el carruaje en que íbamos volcó. Por desgracia, la competentemente autorizada estafeta de noticias no se ha equivocado al dar ésta. A la entrada de un puente fue donde hicimos la triste figura y dimos la voltereta, y milagro ha sido que no cayéramos de una altura respetable y nos rompiéramos todos la cabeza. Quién mas, quién menos, hemos salido todos el que no herido, contuso: Carmen tiene un brazo dislocado, Elena algunas contusiones bastante fuertes, su marido una herida en la cabeza, Luz y Milagros han sacado algunos chichones, y yo cojeo aun de la pierna izquierda: pero la que ha salido peor librada, es la pobre Lólen, que ha llevado un terrible golpe en la cabeza que la tuvo algunas horas sin sentido, sufriendo despues una calentura atroz, de cuyas resultas ha quedado sumamente débil y desmejorada. Hemos llegado á ésta como hemos podido. Lólen ha estado dos noches delirando y á cada momento pronunciaba tu nombre y el título de tu comedia. Como ves, ha sido nuestro regreso un verdadero viaje de placer, pero al fin ya estamos en casa, de la que no me arrancarán fácilmente. Habiendo acudido oportunamente ha sido posible poner remedio á los contratiempos que han hecho apresurar mi vuelta. En fin, poco á poco vamos todos recobrando la salud y el buen humor. Contéstame largo, dame noticias de tu comedia y con afectos de Carmen, Lólen, Elena y su marido, y besos de Luz y Milagros, queda tuyo,—Manuel.»

El corazón no me había engañado: la pobre niña había sufrido, y sufrido lejos de mí. ¡Cuánto hubiera dado por haber estado cerca de ella y cuidarla con la ternura y la solicitud de un hermano! En su delirio pronunciaba mi nombre; era sin duda que me llamaba para que mitigase con mi amor sus dolores.

Había luchado desde el primer día conmigo mis-

mo, pues una fuerza poderosa quería arrastrarme: parecía que yo era el acero y tenía que precipitarme fatalmente hácia el iman. Había tenido que hacer esfuerzos extraordinarios para que la pasión no venciese á la razón: me sentía entonces débil, sin fuerzas, sin voluntad para resistir; y aquel nuevo golpe venía á acabar de vencer mis escrúpulos y mis vacilaciones.

Fuí al Banco de España. Desconté varias cartas de pago de la Caja general de Depósitos, que importaban casi la totalidad de mi escasa fortuna.

En seguida de realizar las cartas de pago, que se elevaban á unos veinticinco mil duros, me dirigí á casa de un banquero amigo mio y le dejé en depósito á mi orden aquella cantidad.

Fuí despues á la Bolsa. Hablé con varios agentes de negocios, y al fin encontré lo que buscaba. Estaba de venta una posesion en San Félix, caserío de las inmediaciones de Cartagena; aquella posesion valía veinte mil duros. El dueño se hallaba en Madrid: fuí á su casa y tuve la fortuna de encontrarle en ella: me exhibió los títulos de propiedad, los examiné y ví que se hallaban corrientes: pregunté qué personas inteligentes y fidedignas podían darme razón de la posesion por haberla visitado, y me citó entre otros varios sujetos dos de cuya buena fe y conocimientos agrícolas no podía caberme duda: fuí á verlos y me dijeron que la posesion valía el precio que se pedía por ella y que era susceptible de grandes mejoras que podían duplicar su renta. Con esta seguridad, volví á casa del vendedor y cerré el trato: estendimos la minuta de la escritura de venta y quedamos en que aquella misma tarde se firmaría y quedaria entregado el precio. Retiré de casa de mi amigo el banquero la cantidad necesaria, y como era ya tarde, me fuí á comer.

A la hora convenida, volví á casa del vendedor: el escribano había sido puntual, la escritura estaba corriente, entregué el precio y firmamos.

Era dueño de la posesion.

Pasé por el despacho del ferro-carril del Mediterraneo, para ver cuándo tocaba un vapor en Alicante con destino á Cádiz. La suerte me protegía decididamente. A la tarde siguiente, salía un vapor de Alicante y hacia escala en Cartagena.

Saqué el reloj. Eran las siete y media de la noche.

Volví á mi casa: en un instante me puse un traje de camino, metí en un saco de noche de mano un traje medio presentable, un pequeño neceser y alguna ropa blanca; puse en mi bolsillo algun dinero en oro, y diciendo á mi criado que no me esperase en algunos días, me metí en un coche de plaza.

Cuando llegué á la estacion, eran las ocho: saqué mi billete para Alicante y esperé la salida del tren.

Sentía el corazón aligerado de un peso enorme; estaba contento y satisfecho de mí mismo: había aprovechado bien aquel día.

Al cabo echó á andar el tren: en el momento de partir lancé un suspiro, como quien dice: ¡al fin!

En el compartimiento en que me encontraba, iba únicamente conmigo un caballero anciano, que se encasquetó una gorra, se embozó hasta las cejas en su capa, lió sus piernas en una gran manta, y embutiéndose cuanto pudo en un rincón, procuró coger el sueño.

En vez de imitarle, me puse á contemplar por la ventanilla el panorama que á mi vista se ofrecía.

Hacia una luna hermosísima: la noche era, como dice Zorrilla comparándola con el día,

«menos fúlgida que él, pero mas bella.»

Los árboles, los montes, las aldeas parecían pasar ante mí como en una estraña fantasmagoría, rápidas y vagas como las sombras de un sueño, y todo iluminado con esa luz suave, poética y llena de misterio y melancolía que los artistas llaman efecto de luna. Reinaba un silencio solemne y magestuoso: sólo se oía el manso murmullo del venticillo de la noche.

Era un cuadro tan análogo á mis sentimientos, tan conforme á las ideas que entonces me agitaban, tan en relacion y armonía con el estado de mi alma, que caí en una profunda contemplación. Pero mi *reverie* no era triste ni penosa: formaba por el contrario, el fondo de ella una íntima é inefable alegría.

¡Iba á verla!

Pero esta alegría se hallaba mezclada con algo de contrariedad.

El día que iba á tardar en llegar á verla.

Al fin, cuando en el horizonte aparecian las primeras tintas violadas de la aurora, quedé sumido en un sueño tranquilo y reparador.

XIII.

Serian las diez de la mañana cuando desperté.

A eso de las doce, llegamos á Alicante. Como todo mi equipaje se reducía al saco de noche que llevaba á la mano, no tuve que detenerme ni un momento.

Me metí en una tartana, que me condujo á la fonda del Vapor.

Apenas me hube instalado en mi cuarto y sacudido el polvo del camino, cuando el estómago me hizo recordar que era hora de almorzar.

Lo primero que ví al entrar en el comedor, fue al conde de M. diputado por aquella provincia y que se preparaba á atacar á su almuerzo.

(1) Esta bella poesía forma parte de la colección *Cuentos de la vida*, anunciada en el último número de *El Museo*.

—Espere usted un momento, conde, y almorzaremos juntos.

—Con mil amores. ¿Qué viento trae á Sandoval por Alicante?

—El viento de los propietarios. He comprado una casa de campo cerca de Cartagena, y voy á visitar mis nuevos estados.

—Pues yo vengo de recorrer mi distrito, y en cuanto tenga una entrevista con el gobernador, me vuelvo á Madrid. ¿Va usted á estar aquí mucho tiempo?

—Esta tarde salgo en el vapor para Cartagena.

—Dígame usted. ¿Es cierto lo que han dicho los periódicos? ¿Ha renunciado usted la diputación?

—Nada hay mas cierto.

—Me deja usted estupefacto.

—Pues no es eso sólo: además, he dejado el periódico y la dirección.

—Decididamente, habrá que encerrar á usted en Leganés.

—He estado loco, es verdad, pero ya he vuelto á la razón.

—Veo á dónde va usted á parar. No pasan seis meses sin que usted se case. Esa transformación es obra de alguna niña romántica y sentimental, que ha exigido á usted como primera prueba de afecto que abandone la prosa de la política para entregarse en cuerpo y alma al amor.

—¡Calle usted, solteron recalcitrante!

Y nos pusimos á almorzar, alternando los bocados y las copas de un ligero y agradable vinillo del país con algun que otro chiste ó pulla.

—Vamos á tomar el café al Casino, me dijo el conde cuando hubimos almorzado.

Efectivamente, fuimos al Casino, tomamos café, y después jugamos largo rato al billar.

A las tres, el conde se fué al gobierno civil.

El vapor salía á las cinco. A las cuatro tomé un bote y me hice llevar á él.

Fueron llegando los pasajeros, y al fin, poco después de las cinco, el hélice empezó á funcionar.

Me abandoné entonces á esa dulce melancolía que se apodera siempre de mí al contemplar la serena magestad del mar.

Ya de noche, me hice servir de comer en la cámara.

Después abrí el piano que había en ella y me puse á tocar á la sordina el último pensamiento de Weber y la romanza del sauce, de *Otello*.

Volví á subir sobre cubierta y me puse á pasear.

Hacia un frío húmedo y penetrante, pero me hallaba envuelto en mi gabán y me agradaban las emanaciones salinas del mar y la brisa que acariciaba mi rostro con su frío beso.

VENTAJAS DE LOS QUE SALEN A VERANEAR.
EN LA PLAYA DEL MAR.



—Parece el mar un espejo y la arena un marco de oro.
—¿Cómo encuentras esto, Eulogia?
—¡Divino y tú?
¡Delicioso!

—Dicen que rejuvenece y hermosa este aire pródigo; mas yo no lo necesito...
—¡Es claro, luz de mis ojos!

Después de tres cuartos de hora de sufrir el incómodo movimiento de aquel horrible vehículo, hice mi entrada triunfal en mis estados.

Una casa pequeña, pero blanca y agradable á la vista, sombreada por un grupo de árboles frutales una casita para el arrendatario, una noria medio oculta en un cañaveral, una acequia que murmuraba alegremente, algunas tahullas en terreno variado y pintoresco y una estensa huerta cerrada á la espalda de la casa; hé aquí mi señorío.

No hubo disparos de arcabuz, gritos de los pecheros, petardos, vivas, ramos de flores entregados por una comisión de mis vasallas, ni cosa semejante.

Al ruido de la tartana, un soberbio perro de caza salió de la casa y se puso á ladrar furiosamente. A sus ladridos apareció una campesina de cuarenta años, enjuta, morena como una gitana y con unos admirables ojos negros, únicos que habían sobrevivido á la ruina de su belleza, porque aquella mujer debía haber sido muy hermosa. Dos ó tres chiquillos medio desnudos formaban su acompañamiento.

Era la mujer del arrendador.

La expliqué mi venida y mandó al punto á uno de sus hijos á que avisase á su padre.

A poco llegó éste y le exhibí la escritura que me hacía dueño de la hacienda. A pesar de no mediar las formalidades judiciales de la toma de posesión, me reconoció desde luego como dueño mediante una buena propina y la promesa de no subirle el arriendo. Así es, que pude sin demora instalarme en la casa.

Algun fiambre, frutas gustosísimas y rica leche formaron mi campestre almuerzo.

En seguida, cogí el morral de caza de mi colono, tomé su escopeta, silbé al perro, cuya amistad ya me había ganado varios restos de mi almuerzo, y mas aun, bueno es decirlo en honor de la raza canina y de Leal en particular, algunas caricias, y preguntando la dirección en que se hallaba una hacienda que yo sabía estaba en aquellos alrededores, tomé el rumbo que me indicaron.

El día estaba hermosísimo. El sol no calentaba demasiado, como suele suceder en el campo, en que el aire corre con libertad.

Así anduve dos horas, tirando algun tiro cuando Leal hacia levantar un conejo ó veía volar algun pájaro. No tardé mucho en conocer el arma que llevaba y pude derribar algunas piezas. Esto hizo que Leal formase buena opinion de mí, y que su naciente inclinación creciese.

(Se continuará)

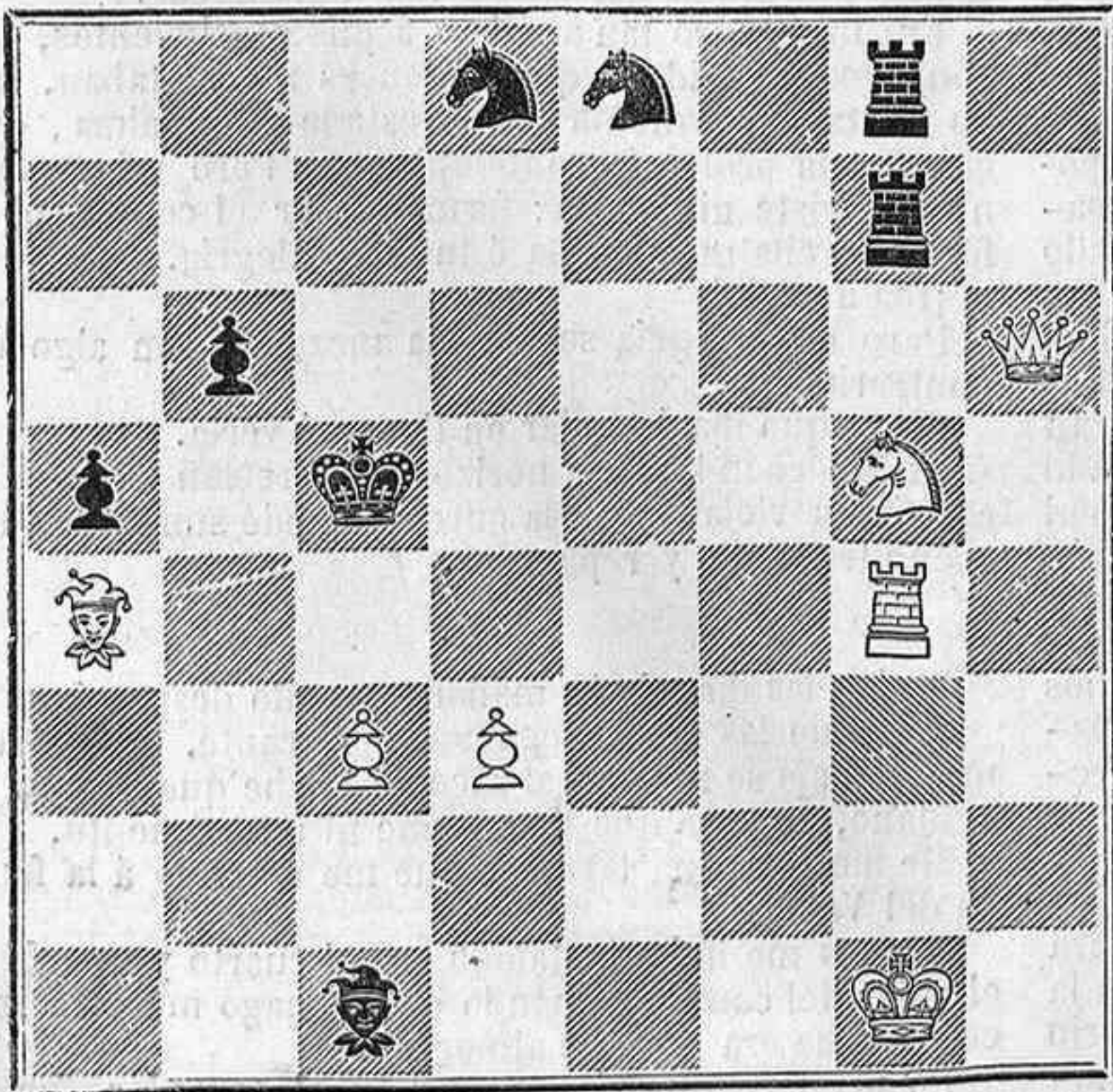
ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 105,

POR D. J. TRUJILLO. (MOGUER).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN SEIS JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 104.

Blancos.

Negros.

1.ª C 7 R

1.ª P 6 C D

2.ª R t P A D

2.ª P 7 C D

3.ª C 5 C R jaque.

3.ª R juega.

4.ª D 4 D jaq. mate.

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Martínez, J. Ferrer, M. Fernandez, M. Rivero, E. Canedo, H. Sierra, J. Luxán, R. Canedo, F. Pastor, G. Domínguez, B. Garcés, J. Reyes, de Madrid.—M. Zamora, Almería.—A. Galvez, de Sevilla.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 103.

Señor don M. Zamora, Almería.

Correspondencia particular. — Señor don M. Z.—Se han recibido los cuatro problemas y se publicarán oportunamente.

PROBLEMA, NUM. XLII.

POR DON M. ZAMORA. (ALMERÍA).

Blancos.

Negros.

R 5 C D

R 4 R

T 6 A D

C 6 R

C 3 T D

P 2 A D

A 4 C R

3 A R

P 5 A R

2 C R

5 C R

4 C R

6 C R

2 R

2 R

5 R

3 R

5 D

6 R

4 D

Los blancos dan mate en cuatro jugadas.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPLE 4.